Y quedarse así, en el 61, me pareció que no era ni bueno ni malo y sí sólo lo suficientemente inofensivo como para poder tomármelo con calma, y descansar un poco, y dedicar aunque nada más fuera una temporada cortita a mí misma, y a salir con las amigas y merendar tortitas con nata charlando de nuestras cosas tan ricamente sentadas en una cafetería.